

I Encuentro de Talento Editorial

Hay Festival. Cartagena de Indias

30 de enero – 2 febrero

Jóvenes talentos editoriales I: Jessica Aliaga Lavrijsen (Jekyll & Jill), Luc de Rooy (Uitgeverij Karaat), Felipe González Espinosa (Laguna Libros).

Jekyll&Jill Editores nace a principios de 2011 de la unión profesional de Víctor Gomollón y yo, Jessica Aliaga Lavrijsen. Entre los dos nos encargamos de todo el proceso de edición, desde la selección de textos o su encargo a un determinado autor, hasta la corrección de los textos, el diseño interior y exterior del libro, la maquetación y en ocasiones también la traducción. Lo más divertido de todo es que no tenemos sede y ni siquiera vivimos en la misma ciudad, todo lo hacemos a través de Internet o del teléfono, excepto las presentaciones de los libros y las visitas a imprenta. Además dedicamos a la editorial las horas en las que no estamos trabajando en los empleos que nos proporcionan el sustento, y a veces esas jornadas rondan entre las 10 y 12 horas. Así que podemos decir que somos una editorial independiente en todos sus aspectos, ya que ni siquiera dependemos económicamente de las ventas de nuestros libros, algo que es nuestra fortaleza a la vez que nuestro punto débil.

Mi socio y yo nos conocimos a través de Internet un año antes, en 2010, trabajando en diferentes proyectos artísticos relacionados con la imagen y la música: Víctor necesitaba una fotografía para la cubierta de un vinilo y contó conmigo. Al poco tiempo, y tras muchas conversaciones por correo electrónico, fuimos viendo que teníamos gustos afines, y que además los dos amábamos la literatura y los libros, entre otras muchas cosas.

Cuando ese mismo año me tocó maquetar la tesis doctoral, una tesis sobre literatura escocesa contemporánea que comencé en 2004, Víctor me hizo el enorme favor de ayudarme en esa horrorosa tarea —y digo horrorosa porque tras 6 años de doctorado, de entre los cuales durante los dos últimos años tuve que compaginar la escritura de la tesis con mis empleos en la universidad a tiempo parcial, como traductora literaria para varias editoriales, como profesora particular de alemán y como fotógrafa, una ya sólo quiere quitársela de encima, terminarla y encontrar un empleo medio decente. Hasta entonces yo había tratado la parte menos palpable de la literatura, me había dedicado a analizar su contenido formal, su significado y su contexto social, pero no tenía ni idea sobre la elección de papeles, encuadernaciones, convenciones tipográficas o maquetación. En cierto sentido, interesarme por la parte real del mundo del libro, más allá de las bibliotecas y los artículos de crítica, era una necesidad humanística; no quería permanecer en la apolillada y fría torre de marfil universitaria. Por mi carácter, y más después del doctorad, suelo desear querer transformar lo etéreo en algo palpable, quizá para demostrarme a mí misma que también yo puedo crear cosas, no sé. Pero esa creación, aunque palpable, debe permanecer invisible a la mirada desnuda.

El secreto, me revelaba Víctor mientras maquetábamos dicha tesis, es que la forma del texto se haga invisible, el maquetador debe pasar totalmente desapercibido al ojo inexperto, es el orquestador en la sombra, y es el texto, su contenido, el que debe brillar. Y eso me gustó: se podía controlar a las mentes a través de la organización de las letras sobre un determinado papel. Ahora, con el tiempo, veo que Víctor sabía muy bien lo que se hacía al enseñarme todo eso, al llevarme al taller de encuadernación y a la imprenta, al dejarme libros sobre tipografía y al contarme tantas anécdotas relacionadas con el mundo del libro; un mundo que conocía bien, puesto que lleva trabajando media vida diseñando libros para editoriales nacionales. Supo que cualquier persona con un mínimo de sensibilidad y amor por lo bonito se enamoraría de este mundo. Y así fue. Un día, Víctor me dijo que le gustaría sacar sus propios libros, pero que necesitaría un socio. A los pocos meses, y con una primera inversión mínima de 4000 euros cada uno, montamos Jekyll & Jill.

Salíamos sin línea editorial, sólo respaldados por lo que creíamos era el buen gusto, un cierto conocimiento sobre literatura y sobre libros y, sobre todo, por una gran pasión. Hablamos con libreros, con distribuidoras, un gran impresor de oficio, y nos lanzamos. Los astros de la edición se alinearon y pudimos asistir el *I Encuentro de Librerías y Editoriales Independientes Iberoamericanas*, "Otra Mirada", organizado por la librería Cálamo y por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Fue como asistir a un Master en edición literaria destilado, y aprendimos mucho de las experiencias que otros compañeros relataban en primera persona. También entendimos que tendríamos que repartirnos las tareas como si fuéramos un dúo cómico.

Sin embargo, decidimos desoír el consejo más repetido: hay que tener una clara línea editorial, crear una marca reconocible, definirse claramente desde el principio para marcar la diferencia, especializarse y encontrar el nicho de mercado. Así que hicimos todo lo contrario. Y sin embargo creo que acabamos creando un estilo más o menos reconocible mientras intentábamos evitar un estilo fijo.

Partiendo de aquello que me explicó Víctor, que el maquetador debía pasar inadvertido y servir meramente al texto, me convencí de que la labor de un editor, que, por supuesto, elige y corrige los textos que decide publicar, es la de pulir la obra y darle el aspecto que esta debía tener. Si creásemos y aplicásemos un diseño predeterminado a una determinada obra, una imagen corporativa, un diseño de la colección, estaríamos impidiendo que la obra fuera ella misma. Cada texto requiere cosas diferentes: las exigencias de cada texto pueden ir desde anotaciones a los márgenes (hechas por el autor) hasta fotografías o ilustraciones o incluso unas cubiertas falsas. Si no permitiéramos que cada libro se expresase también por su forma, se tendería a homogeneizar nuestra producción, ignorando y aplastando las características de cada libro. En cierto modo también se le quita valor a cada título si no se le presta una atención especial y a nosotros nos gusta mucho tratar a cada libro como a un mundo. Por tanto, al renunciar tener esa línea estética editorial, al decidir que cada libro tendría el tamaño, el papel, la tipografía y el diseño más apropiados, nos encontramos con una dificultad que a la vez resultó ser nuestro oxígeno. Con cada libro teníamos el deber y el placer de imaginar desde cero: ¿qué tipografía utilizaríamos? ¿cómo lo diseñaríamos? ¿qué requerimientos especiales tendría? Y las posibilidades se mostraron ilimitadas. Por ello, porque cada libro es para nosotros el primero que editamos, me gustaría hablarles brevemente del proceso creativo que hemos vivido con algunos títulos, ya que cada uno ha supuesto una batalla diferente.

Otra de las cosas que nadie dijo explícitamente durante dicho encuentro de editores independientes, pero que era claramente palpable en su ilusión, es que la edición debía ser una experiencia vital. Eso también entronca con lo que acabo de contar sobre mi necesidad de convertir en palpable lo intangible, de trabajar en y por el mundo, y no en la torre de marfil. Personalmente creí, que el paso lógico y coherente, después de haber investigado la literatura escocesa durante años, de haber vivido en Edimburgo y de haber descubierto la increíble presencia de la literatura en esa magnífica ciudad, era la de editar a un autor escocés.

Por ello, nuestra tercera publicación fue *El otro McCoy* del escocés Brian McCabe. Este era un libro muy especial para mí: conocía bien la obra y al autor, y sería la primera traducción que realizaba para nuestra editorial. El proceso de adquisición de derechos fue sencillo: escribí un correo al autor, al que ya conocía por mis estancias en Edimburgo, su lugar de residencia, y aceptó encantado. Además aprovecharía para pedir una ayuda al Scottish Arts Council para que le pagasen su viaje a España.

Esta novela, publicada en el Reino Unido en 1990, relata las andanzas por la ciudad de Edimburgo de un joven Pat McCoy que, en plena crisis económica y social, debe enfrentarse a sí mismo para solucionar su problema identitario. En esta ocasión, decidimos que la traducción debía exceder al texto, pero estar contenida en el libro. Para que lo entiendan, permítanme explicarles que la novela de McCabe es muy escocesa, en la elección de temas, del espacio y también en la narración, que intercala el escocés vernacular con el inglés. Este tema de las lenguas y dialectos orales es uno de los mayores problemas en la traducción de textos escoceses: ¿cómo preservar esa esencia escocesa en el texto traducido? La única manera que se nos ocurrió fue la de trasladar al lector hispanohablante a Edimburgo, y hacerlo recorrer el camino que realiza el protagonista en la novela. Por tanto, me fui a Edimburgo y recorrí, calle por calle, todos los sitios que se mencionaban en la novela, fotografiando todos aquellos lugares. Además, en este viaje relámpago, pude tomarme un whiskey con McCabe, al que ya conocía, y preguntarle alguna cosa sobre la traducción. Un lujo, vamos. Por ello, *El otro McCoy* incluye en su interior un regalo sorpresa doble: un juego de 20 postales con imágenes de Edimburgo y un plano de la ciudad en el que están marcados los lugares que aparecen a lo largo de la novela, así como notas explicativas a lo largo del texto. La verdad es que, a título personal, quedé muy satisfecha con el resultado, y la revisión final de la traducción por parte de Víctor, que no conocía el texto original, me aportó la confianza que necesitaba. Además, presentar la novela con el autor y mi exdirectora de tesis en una librería junto a la universidad donde estudié me permitió cerrar el círculo que había comenzado diez años antes.

Otro de los aspectos fundamentales de la edición es, lógicamente, el trato personal. Y esto es algo que sólo las pequeñas editoriales independientes pueden disfrutar en todas las frases del proceso: desde el primer contacto hasta la posible amistad posterior a la publicación. De hecho nosotros somos tan independientes, que, al carecer prácticamente de presupuesto para promoción, cuando vienen los autores se quedan a dormir en nuestras casas, en la de Víctor en el campo o en la mía en pleno centro. Entonces intentamos agasajarlos con desayunos con zumo de naranja recién exprimido y la compañía de otros animales domésticos. La experiencia más plena que tuvimos en ese sentido fue con nuestra quinta publicación, que ha sido la más exitosa hasta el momento, en críticas y ventas: *Del enebro*, que es un sombrío cuento popular recopilado por Jacob Ludwig y Wilhelm Karl Grimm, que relata una terrible historia de infanticidio y canibalismo, botánica y ornitología. Con este título, del que se han impreso ya 3 ediciones, nos concedieron el «Premio al Libro Mejor Editado en Aragón 2012» y logramos que se diera a conocer a la ilustradora Alejandra Acosta en España y a Jekyll & Jill en Chile. Pero como acabo de mencionar, el mejor premio fue el que obtuvimos en el terreno de lo personal.

Del enebro era el cuento favorito de la infancia de Víctor y decidimos aprovechar la celebración del 200 aniversario del cuento para su publicación. Mientras yo me encargaba de traducir al castellano el texto original en Plattdeutsch (bajo alemán), Víctor buscó entre muchos ilustradores hasta que dio con la obra de la autora chilena Alejandra Acosta en Internet. Fue un palpito, como también lo fue la idea de pedirle el prólogo al escritor y ornitólogo experto en aves carroñeras Francisco Ferrer Lerín. Así los cuatro nos pusimos a trabajar en paralelo: mientras Víctor guiaba a Alejandra con el trabajo visual, yo trabajaba en la traducción. Para esta traducción, la ilustradora, el prologuista y los dos editores consultamos información durante semanas, es decir, estuvimos viendo videos en youtube sobre cantos de aves, para averiguar la identidad del ave que relata en el cuento el terrible asesinato, y poder traducir así la onomatopeya de dicho ave. Nos pusimos eufóricos cuando averiguamos que era un *vanellus vanellus*, o avefría europea, y que su canto en español decía: “pibí, pibí”, en vez del “kivit kivit” del original. Además, al trabajar sobre el texto original encontramos la fuerza y brutalidad, así como la musicalidad, del texto recopilado por los Grimm, algo que no sólo quisimos hacer notar en la nota a la traducción, sino también en el texto. Decidimos por tanto sacar una edición bilingüe, en el que se pudiera encontrar el texto original, con un aspecto

acorde: utilizamos una tipografía gótica y respetamos las convenciones tipográficas de la época, en la que los calderones representaban a los actuales signos de puntuación.

Pero entonces Víctor y Alejandra tuvieron una brillante idea: la de incorporar unos hilos rojos a las páginas del libro, puesto que en la obra gráfica de Alejandra Acosta abundan estos elementos. Lo que no pensamos entonces es que tendríamos que pegar 12.000 hilos con la meticulosidad de un relojero. Aunque trabajosa, la experiencia fue muy hermosa, ya que al trabajar sobre el libro ya impreso, los editores podíamos alargar un poco más el parto del libro, y nos sentimos partícipes de todas las fases de creación.

La siguiente novela fue un flechazo también, y nos permitió imaginar nuevas posibilidades en cuanto a la maquetación y el diseño del libro. Después de trabajar para nosotros escribiendo un relato para *Doppelgänger*, con el que ya nos había encandilado, Rubén Martín Giráldez, un joven autor que sólo había publicado un demencial y breve ensayo sobre Thomas Pynchon, nos envió el manuscrito de *Menos joven*. En cuanto le expresamos nuestra ilusión por editar esta novela, nos sugirió que engañásemos al lector con un juego que le diera un nuevo giro de tuerca a la historia de la novela. En esta, el protagonista, Bogdano, se había educado leyendo títulos del canon universal falsos, ya que su padre sustituía las cubiertas de los libros por otras falsas, con la intención de ayudar a su hijo a no caer en las trampas de los ídolos de la literatura. Por tanto, las sobrecubiertas de este libro debían ser falsas también, con otro modo y otro autor. La idea nos pareció fantástica: Las sobrecubiertas, diseñadas por Alfonso Rodríguez Barrera, ocultarían un interior con cubiertas de la editorial Gallimard. Así pues ni el autor ni la editorial eran verdaderos. Además, y puesto que se trataba de un libro reencuadrado, podía bien tratarse de un libro ya leído, y por lo tanto anotado y subrayado con lápiz. Por tanto, incluimos comentarios escritos por el propio autor a los márgenes, creando así una segunda lectura. La impresión resultó tan precisa que es imposible distinguirla de un trazo de grafito hecho a lápiz, así que a veces bromeábamos diciendo que las habíamos escrito a mano, siguiendo la trabajosa tarea que realizamos con *El Enebro*.

Nuestra publicación más reciente, titulada *La Jetée, de Chris Marker, la fotografía después del cine*, también viene de un manuscrito enviado por una joven escritora novel, Antonia Escandell. Este ensayo, basado en un trabajo académico que había escrito la autora, muestra cómo el cineasta francés Chris Marker, al que los dos editores amamos, juega con el tiempo y la yuxtaposición de significados en el mediometrage *La Jetée* (1962). El libro está profusamente ilustrado con fotografías e ilustraciones de fotogramas de la película, que lo convierten en un ensayo híbrido, de múltiples lecturas. Las más de 100 ilustraciones fueron realizadas por Víctor, que en cierto modo revivió el mediometrage de Marker mientras lo dibujaba. En cierto modo, las imágenes funcionan a nivel textual como ciertos juegos intertextuales que utilizaba el propio Marker, pero para nosotros también funcionaron a nivel personal como catalizadores. A mí me pasó, justo antes de sacar el ensayo, que estando en un aeropuerto de París, sin haber dormido porque venía de un largo viaje, viví la película cuando vi cómo un niño pequeño que señalaba hipnotizado a un avión que despegaba. El tiempo se detuvo y lo que yo veía era un fotograma del mediometrage, una de las imágenes que Víctor había dibujado. No sé si fue la falta de sueño, una conexión telepática entre o un fallo en matrix, pero fue un instante mágico e inolvidable. En esos momentos una siente que, independientemente de lo que pase cuando el libro salga a la venta, el mundo es mejor desde que ese libro existe.

Y es que muchas veces nos mueve una voz que no es nuestra, o no sólo nuestra al menos, y entonces tenemos que llevar a cabo ese plan, que a veces no comprendemos totalmente al principio. Un ejemplo de eso sería un libro en el que todavía no hemos empezado a trabajar, una traducción de una obra del siglo XVII. Ni siquiera habíamos leído el texto completo aún, pero Víctor tuvo una pulsión (vio que la idea del libro tenía un color dorado en su cabeza) y

con eso a mí me basta. Confiamos plenamente en la intuición del otro, ya que la experiencia nos indica que cuando dos mentes se sincronizan se crea una especie de entidad fusionada que piensa por los dos. Quizá de ahí el nombre de la editorial, Jekyll and Jill, un juego con el Dr Jekyll y Mr Hyde de Stevenson, pero sin parte oscura.

Ser una editorial con sólo dos miembros hace que trabajemos con varios libros a la vez, ya que la edición de cada título nos puede llevar entre medio año y un año (o incluso más), y no lo hacemos de forma lineal. Esa libertad, que incluye no tener que sacar un número determinado de títulos al año, no tener que ser fieles a un estilo fijo ni a un determinado género literario, no tener que lograr unos índices de ventas fijos, nos hace sentir muy bien y consigue que, al vernos inmersos en la totalidad del proceso de creación del libro, desde el principio hasta el fin, sigamos teniendo siempre ganas de sacar un nuevo título. Además, a nivel personal, al poder combinar ahora mi labor como investigadora universitaria en el campo de la literatura contemporánea con mi labor como traductora y como editora, me siento menos dividida que nunca y comprendo que todo aquello que aprenda me hará mejorar en los otros ámbitos, o eso me gusta pensar.

Esperemos que estas ganas de editar nos duren mucho, y que las ventas sean las suficientes para poder subsistir y poder sacar nuevos títulos en el futuro.

Muchas gracias por su atención.